

estaban interesados todos los pueblos del mundo, cada uno a la medida de sus capacidades. Ellos consideraron al río San Juan como una prolongación del Gran Lago, y en consecuencia como uno de los puntos predestinados por la naturaleza para una gran obra civilizadora. Desde el año 1889 en que se celebró el tratado canalero conocido con el nombre de Ayon Chevallier formularon en una cláusula todo su pensamiento y previsión, sostenidos por nosotros:

4.—El canal se hará en provecho de todas las naciones sin excepción... Los contratistas se comprometen a dar en el acto los pasos necesarios cerca de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, para la neutralización del canal.

Era esta, de otra parte, la tesis sustentada en el tratado Anglo-Americano de 1850.

No creemos que exista un interés

nacional en iniciar negociaciones en Wáshington acerca de este negociado. Ganar tiempo es ser previsor, pero si hubiéramos de ser invitados a ello, sería insensato de nuestra parte rechazar tal invitación, lo mismo que convertir en un problema monetario, lo que es por su propia esencia un valor de más altas finalidades. Lo razonable parece ser abordar el problema con un elevado espíritu de cooperación y una conciencia exacta de nuestra posición internacional en el mundo, lo mismo que del momento en que vivimos y de los hechos que a menudo se cumplen con una fatalidad casi irritante; buscarle de una vez una decorosa solución al problema de igual índole que tienen planteado El Salvador y Honduras sobre el proyecto de base naval en el Golfo de Fonseca, y no incurrir desde luego en la omisión de Nicaragua, celebrando un pacto en ausencia de las demás naciones interesadas en la monumental empresa.

MANUEL SÁENZ CORDERO

PARA LOS GORRIONES

EL PUENTE

A pesar de su vasta amplitud, el cauce resultó estrecho para contener el torrente, acrecentado en razón de la intemperancia pluvial, y el río se desbordó aquella noche.

A la mañana siguiente hubo consternación en la aldea a causa de un grave acontecimiento de la víspera: el río había arrastrado la enorme, la antigua viga que se extendía de orilla a orilla como silencioso vínculo de amor, o como un beso de paz.

El clamor fué general: —¡El puente!, ¡el puente!...

Poco a poco los grupos de campesinos formados en una y otra ribera, al rededor del sitio en donde los extremos de la viga tuvieran asiento, se fueron despejando, y horas más tarde sólo quedaban bandas de niños pensativos. En esto apareció, haciéndose paso entre los pequeños, un viejo y achacoso perro, fiel devoto del sol, el cual cruzaba cada mañana el río con religiosidad de monje a lo largo de la viga tendida en el espacio. El animal olfateó en todos sentidos, alargó la mirada hacia la margen vecina, dió algunas vueltas entre los niños y se puso a gemir con dolor.

LA VENTANA

A LÍA

CAUSA verdadero hastío encontrar al paso siempre el mismo horizonte monótono, las mismas caras sin expre-

sión y la misma vulgaridad en las personas y en las cosas. Por fortuna es posible en la vida para algunos mirar sin ver y oír sin prestar atención a los gestos y a las palabras; y esto es ya un recurso y un consuelo.

Por mi parte, me voy habituando poco a poco al gesto opaco de la casa de enfrente. Es una casa de techo de barro, de paredes viejas y tristes, con una ventana y una puerta. La puerta se abre por momentos durante el día; en cuanto a la ventana, es cosa comprobada que no se abre jamás. Una ventana así, es algo cruel y desesperante; una ventana así, es una nota sombría y su obstinación causa angustia aún en los ánimos más serenos y en los espíritus más optimistas. ¡Una ventana que no se abre nunca!...

Mas he aquí que la casualidad feliz, o el descuido de un momento, o el capricho de un minuto, o quién sabe qué extraño impulso ha venido hoy a descorder el misterioso velo: acaban de ser abiertas las maderas de la ventana. En el interior, hacia el fondo, rosales bañados en luz ofrecen al sol un homenaje primaveral cristalizado en rosas, y el canto de una mujer joven

llena de plata el pequeño jardín. Ha sido una cosa breve; las hojas de la ventana recobran con violencia su ordinaria posición, acaso para no abrirse más en toda la vida, es cierto, pero yo me siento ya completamente reconciliado con aquella ventana gris.

EL CABALLO

EL último domingo en las primeras horas de la mañana apareció en la plazuela vecina, frente a las gradas de la ermita, un anciano caballo abandonado, de ojos tranquilos, de mirar melancólico y humilde. Se acercó a la fuente y abrevó a sorbos grandes y lentos en el sitio sombreado a esa hora por el limonero. El caballo levantó la cabeza y aspiró con los ojos entornados el perfume de azahar, sobre su cabeza cayeron algunos pétalos blancos.

En el extremo de una rama unos pájaros construían el nido. El amante abatió el vuelo hasta tierra y se puso a buscar briznas secas, y como notara la vecindad del caballo, hacia él se fué volando para detenerse en el testuz. La amante descendió a su vez.

Y ahora, en los bordes del nido que se columpia alegremente en el extremo de una rama del limonero en flor, brillan, con el sol de la mañana, los hilos desprendidos de la cabeza de un viejo caballo abandonado de los hombres a la misericordia de nuestro Señor.

LA LLAVE

HUNDIDA en la yerba encontré la otra tarde en el paseo público una pequeña llave dorada con una cinta de color de rosa atada al aro. La cinta era de seda y en ella quedaban huellas impalpables de un perfume leve; una vez en mi cuarto, apliqué la fina llavecilla a la hendidura de una arca diminuta en cuyo fondo de ilusión vive oculto un rayo de sol, sencillas prendas de un amor.

Busqué la otra llave y comparé las dos. La mía era del color de la plata antigua; por lo demás, la semejanza era completa. Sentí entonces un gran dolor: ¿cómo encontrar entre la multitud, discretamente y sin pérdida de tiempo, a la dueña de un cofrecito en cuyo fondo de ilusión viviría escondido también un rayo de sol?

La primera casa que anuncia haber rebajado sus precios de acuerdo con las circunstancias es

LA DESPENSA
New England La Gran Vía